ROJO SOBRE AZUL

Relato corto

Óscar Edú
2026

Abrí los ojos y vi el techo inmensamente azul. Si estaba en el cielo, ¿por qué me sentía tan mal? Los párpados me pesaban toneladas. Me dolía la cabeza y el cuerpo. Toqué mi sien y, al hacerlo, noté mis dedos húmedos. Con la luz que ya entraba por la minúscula ventana —una que tenía forma de corazón— los vi rojos.

Creyendo que estaba en un sueño —o una pesadilla—, confundida, volví a cerrarlos.

Hice un esfuerzo final e inútil por recordar. Sentía un dolor extraño en el cuello y en las piernas. Un dolor que persistía y no me dejaba pensar con claridad. Tan solo sabía que no, no era un sueño.

Entonces esa sangre, ¿era mía?

Estaba tumbada, boca arriba. De eso sí era consciente. Giré como pude la cabeza y entonces le vi.

Era un tipo común, ni guapo ni feo. Castaño claro y muy bien afeitado. En cuanto le miré bien la cara —él yacía boca arriba— entendí que estaba muerto y que la sangre de mis manos era la misma que cubría su cuerpo desnudo.

¿Quién era ese tipo muerto y qué hacía ahí a mi lado?

Me incorporé y, con cierta curiosidad, eché un vistazo a mi alrededor. La habitación era bonita, azul y amplia. Entraba mucha luz. Moscas que parecía que cuchicheaban de mí revoloteaban cerca de la ventana... Desconcertada, volví a mirarle a él.

El cadáver tenía varios tatuajes. Uno en concreto, el del pecho, fue el que me hizo estremecer. Llevaba un nombre de mujer tatuado en él. Era mi nombre.

Al verlo recordé quién era yo, qué edad tenía y a qué me dedicaba. Pero no tenía ni idea de qué hacía ahí, de quién era él ni de qué demonios había pasado. El chico tenía algunas heridas en el pecho. Eran recientes; de hecho, aún goteaban.

Poco a poco, esforzándome, comencé a recordar.

Asombrada por cómo mantenía mi templanza, me levanté de la cama, ya sabiendo dónde estaba. El precioso azul cerúleo de los azulejos, el tono celeste de las paredes y el turquesa del techo eran ahora insoportables para mí.

Puse los pies en el suelo y, dejándome embriagar por la luz del sol, me senté en la cama. Sentí el suelo curiosamente cálido. Vi mi móvil en la mesita. Contrariada, me pregunté qué haría ahí…

Luego fui directa hasta uno de los halos de luz que, desde un trípode, tenía colocado en uno de los lados. Apagué la impertinente luz que desprendía, me giré hacia el cadáver y, con cierta pena —más por mí que por él— ahora sí, lo recordé todo.

Fui hacia el otro lado de la habitación y, del otro halo de luz, saqué su teléfono del agarre, paré la grabación y también apagué esa luz. Con él en la mano, fui lentamente hasta Carlos.

Aprovechando que él tenía los ojos abiertos de ese color azul cielo, deslicé el dedo por el móvil e hice que la identificación facial captara su rostro.

A la primera no pude. ¿La sangre salpicada en los ojos interfería en el reconocimiento? Lo probé de nuevo, acerqué el dispositivo más al rostro y, al final, se desbloqueó.

Entré en su galería de fotos y la abrí. Efectivamente, ese vídeo y otros tantos estaban ahí. Los borré todos, por fin.

Llamaron a la puerta.

—Servicio...

Me sobresalté. Recordé automáticamente que habíamos pedido que nos subieran la comida. Rápida, reaccioné.

—Déjala en la puerta, Chafik. Estamos a punto de darnos una ducha.

—De acuerdo —respondió el servicial dueño del hotel.

Oí cómo acercaba algo a la puerta —por el ruido intuí que era un carrito— y cómo sus pasos se alejaban.

Ávida, de repente, fui de nuevo a por mi teléfono. Entré en mi bandeja de mensajes, eché un vistazo a la decena de ellos y, desconcertada, salí de la aplicación. Miré la hora y me puse en marcha.

Quise ducharme de inmediato, pero primero debía limpiar las huellas y no dejar rastro de mí ni de todo lo que había hecho.

¿Dónde había dejado el cuchillo?

Mi intuición, mi memoria o lo que fuese, me llevó a encontrar el arma en el suelo, al lado de donde yo dormía.

Entré en el baño, obviamente de color azul, con el cuchillo en la mano. Me irritó que esa maldita ciudad fuera toda del mismo color.

Hacía tan solo unas semanas Carlos había elegido ese destino como nuevo escenario para nuestros contenidos, aprovechando nuestro segundo aniversario y sabiendo que yo llevaba tiempo queriendo ir.

Primero me negué. Él, como siempre, insistió. Finalmente, ante los últimos acontecimientos provocando que tuviera que improvisar, acepté de buena gana el lugar como escenario para mi plan.

Ahora, después del primer shock al despertarme y de esa especie de vacío mental, sabía el porqué de todo. El plan, ejecutado de manera abrupta, debía tener ahora una segunda parte: deshacerme de las pruebas y del cuerpo.

¿Cómo y con qué limpiar la sangría que había hecho y que salpicaba de rojo el suelo y parte de la pared azul?

Después de lavarme las manos y limpiar el arma, me dirigí al espejo. Me miré. Me toqué la cara, el cuello, los pechos desnudos, acaricié mi tripa, miré mis piernas y, después de darme lástima, me abracé. Desesperada busqué y busqué en el baño, pero obviamente no encontré nada. Opté por usar jabón y gel y un vestido mío, el que había usado la noche anterior en esa cena romántica en el restaurante «El Cielo».

Una cena que había ido bastante bien. Sin altercados y sin malas miradas. Había sido todo tan idílico que nada presagiaba lo que haría a la mañana siguiente.

Durante esa velada nos hicimos un par de fotos que subimos a nuestras historias y etiquetamos el restaurante para que todos pudieran ver dónde estábamos. Nuestros seguidores se mostraban, como siempre, encantados de vernos juntos y felices. Respondimos a algunos comentarios y prometimos darles el contenido que los fans pedían al día siguiente.

Encontré el vestido, tirado en el sofá anaranjado de estilo bereber. Lo sacudí, lo olí —olía a mi perfume y al suyo— y, decidida, lo llevé a la bañera y lo empapé de agua y jabón.

Hecho un trapo húmedo sin más, empecé por limpiar la pared del cabezal. Fue imposible. Era de piedra. De una maldita piedra azul salpicada irreversiblemente de rojo. La mojé y mojé, pero la dichosa piedra no colaboraba.

Decepcionada vi que las sábanas —como era natural— también estaban manchadas. Todo era un desastre.

¿Por qué tuve que acelerar mi plan? ¿Por qué no esperar a subir a las cataratas y, sin más, empujarle como tenía pensado? Sonreí cínica recordando que Carlos siempre decía que era demasiado impulsiva. Tenía razón.

¿Y si salía del hotel y compraba sábanas limpias? Seguirían viéndose las machitas de la pared que, si mirabas de refilón, no se apreciaban, pero si querías fijarte, se veía que esas manchas tenues eran de sangre.

¿Qué podía hacer ahora? Maldita sea. Me quedé parada un buen rato mirándole. Sentía muchas cosas y a la vez no sentía nada.

Me entró mucha hambre. Desnuda fui a la puerta y con cierto cuidado la abrí. Entré el carrito y cerré de inmediato. La comida olía de maravilla y tenía, ciertamente, muy buena pinta.

Entonces, de repente, me iluminé.

Chafik era el único personal del hotel. Un hotel que yo misma me encargué de buscar en Chefchaouen, el que estaba alejado de la ciudad azul, subiendo por la montaña a treinta minutos de ese mar marroquí.

El hotel, llamado «Heaven Hills», tenía tan solo cuatro habitaciones. La nuestra era la suite. Una suite con vistas, desde las alturas, al pueblo azul.

Reservé todo el hotel por tres noches. Le expliqué por mail al dueño que éramos una pareja que quería total privacidad ya que, al trabajar en las redes sociales, éramos conocidos. Así que le propuse subir un diez por ciento del precio a cambio de ese «privilegio». A él le pareció bien y a mí me hizo sonreír por dentro. No solo ganaba dinero, sino que, además, tendría menos trabajo.

Finalmente le ingresé quince mil dirhams que, al cambio, eran unos mil quinientos euros. A Carlos le pareció exagerado y ridículo, como siempre. Pero yo le dije que, con el contenido que íbamos a grabar ahí, ganaríamos diez veces más. Obviamente, al final aceptó.

Chafik nos recogió en el pueblo. Era quien hacía de chófer si queríamos ir a alguna parte, además de limpiar y mantener bien el hotel, hacer el desayuno, la comida y la cena si gustábamos.

Mi idea inicial era librarme de Carlos en las cataratas. Lo tenía todo pensado. Chafik nos dijo que solía haber poca gente y aún menos en esa época del año. También nos contó que él nos dejaba a pie de valle y que luego nosotros debíamos seguir el camino de unos diez minutos, ya que el coche no accedía hasta allí.

Lo empujaría por una de las zonas que previamente vi en internet y que la web donde lo comprobé la tildaba de «alto riesgo». Después bajaría desesperada asumiendo el papel de víctima delante de Chafik. Él me serviría como único testigo. Para ello, el amable señor de pelo cano debía vernos los tres días anteriores como una pareja completamente desbordada por el amor y el romanticismo de Marruecos.

Lamentablemente, ese plan ya no era factible. Me había adelantado. Pero no todo estaba perdido; aún podía usar a Chafik.

Parpadeé a la vez que sacudía la cabeza. Me había quedado mirando fijamente a Carlos mientras masticaba un trozo de pan y trazaba un nuevo plan. Le observé, me acerqué lentamente y, pensando en lo que siempre me decía al acabar de grabar nuestros vídeos y contenidos: «Te necesito más ardiente. El público quiere ver lo ardiente que eres, cariño», me agaché y le susurré:

—Ahora verás lo ardiente que soy, *cariño*.

Tenía que quemarlo todo. No dejar ni rastro. Los tres arderíamos en esa especie de infierno azul, pero con la salvedad de que yo, milagrosamente, me salvaría.

Sacrificar a Chafik era necesario. Un mal menor, una pequeña molestia que debía ser solventada de manera tajante. Era mayor y, por lo que intuí, un viejo zorro solitario.

Segura de que él, Alá, Dios o quien demonios fuera, entendería perfectamente su sacrificio, empecé a planearlo todo.

Miré la hora en el teléfono móvil y, aunque no podía demorarme, sí comprendí que podía dedicar a ese plan un poco más de tiempo. Volví a entrar en mi bandeja de mensajes. Asqueada, volví a salir de la aplicación.

Recordé que, según entrabas en el hotel, veías el ufano salón-comedor, a la derecha la recepción y, algo escondida, más a la derecha, detrás de un pequeño pasillo, la cocina. Estaba segura de que ahí encontraría lo necesario para prenderlo todo. No obstante, debía comprobarlo para no cometer otro error garrafal.

Me vestí con lo primero que pillé, me puse las sandalias que me había comprado la tarde anterior en el mercadillo de la ciudad, me hice una coleta rápida y, mirándome al espejo de nuevo, me reconocí.

Yo sabía que era una chica guapa y sexy. No solo por la cantidad descomunal de seguidores que tenía en mi cuenta personal y en nuestra cuenta para adultos compartida, sino

porque sabía que era bonita. Pensando en mis seguidores, caí en la cuenta de que llevaba horas sin publicar nada. ¿Cómo se tomarían ellos esa desaparición? En la cena les habíamos prometido más contenido.

De repente, se me ocurrió que ellos fueran parte del plan. Si quedaba constancia de mi seudocoartada, todo habría valido la pena. Sin pensármelo dos veces, me desvestí otra vez. Cogí mi móvil. Miré el cadáver de Carlos y fui hacia él decidida.

Inspeccioné el cuerpo. Estaba repleto de sangre excepto en una parte; los pies. Sin pensar demasiado en ello, tragué saliva y me senté a horcajadas de espaldas a él.

A nuestros seguidores les gustaba la cotidianidad: ver lo íntimo de una pareja un día cualquiera. «El efecto voyeur», repetía Carlos. De modo que, sentada encima de él con cierta repugnancia al notar su cuerpo y sus genitales, enfoqué sus pies desde mi perspectiva e hice la foto.

Sin perder un segundo más de tiempo ahí encima, salté de la cama y cogí su móvil de la mesita.

Suspiré y volví a accionar la identificación facial con su cara y sus azules ojos abiertos. Nunca pensé que esa perturbadora mirada fuera, con el tiempo, tan importante y decisiva. Ya en el sofá, sentada, me puse a editar.

Compartí por AirDrop la foto que acababa de hacer al móvil de Carlos. Abrí su Instagram, seleccioné las historias y subí la foto sin editar —tal como haría él— con un típico texto suyo: «Esto es lo que está viendo ella. Luego enseño lo que veo yo». Añadí el emoticono del diablo y unas cuantas llamitas, puse el enlace de nuestra cuenta privada y la subí.

Acto seguido, dejé el móvil de Carlos y cogí el mío. Después de subir la foto a historias, editarla un poco con un filtro, seleccionar música sexy y ubicarnos en Heaven Hills, puse el texto: «Mis vistas esta mañana». Me quedé mirando el móvil unos segundos hasta que, con asco incluido, subí la historia.

De repente, entró un mensaje. Con cierto ánimo miré la bandeja. Era de otro seguidor preguntando a qué hora subiría el contenido. Me entraron arcadas. Solté el teléfono en el sofá y fui corriendo al baño. Me arrodillé ante la taza. La levanté rápidamente y vomité. Y allí, sentada ya en el suelo, entendí que no solo no me arrepentía de lo que acababa de hacer, sino que, sin dudarlo, lo volvería a hacer una y mil veces.

Al rato, después de haber sacado unas pocas lágrimas por mí, me recompuse. Desnuda como iba, esta vez sí, me di una ducha. Me lavé el pelo y me puse un par de cremas. No podía perder más tiempo, así que, después de comerme todo el pan árabe y beber el riquísimo té, me vestí, me cepillé el pelo, me puse las sandalias, cogí el móvil y bajé a la planta de abajo a inspeccionar la cocina.

Me la encontré vacía. Ni rastro de Chafik. Entré sigilosa y sin perder ni un minuto inspeccioné todo. Era una cocina útil, pequeña y bastante ordenada. Enseguida vi unas cerillas larguísimas al lado de los fogones. Me acerqué a ellas y las cogí. En ese momento llegó Chafik.

—Hola. ¿Qué está haciendo aquí? —dijo en su pésimo inglés.

—Oh, disculpa. Solo quería decirte que la comida estaba exquisita. A Carlos le ha encantado. Y a mí también, claro…

Chafik sonrió agradecido hasta que vio, en mi mano, la caja de cerillas.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Él no comprendía nada y yo buscaba una solución, sin encontrarla.

Él, que llevaba un gran tronco junto a muchas astillas y ramas en las manos, lo dejó todo en la mesa de la cocina y alargó su mano derecha para que le diera las dichosas cerillas.

—Deme eso, por favor.

Me quedé callada. Quieta. Mirándolo. Sopesé la situación y, finalmente, entendí que era ahí o nunca.

Alargué la mano para dárselas y él, molesto, las cogió. Se giró para guardarlas en un cajón y entonces yo, sin pensarlo mucho, dejé el teléfono en la encimera, cogí el tronco más gordo y, aprovechando que él estaba de espaldas, le golpeé con toda mi energía en la cabeza.

Chafik cayó hacia delante golpeándose contra la mesa de la cocina y acabó fulminado en el suelo.

Solté el tronco. Le miré y me pareció que ambos golpes le habían dejado K.O. Con la respiración entrecortada, cogí las cerillas y el móvil y salí al comedor. Subí las escaleras de dos en dos, abrí la puerta de la habitación y, sin más, empecé a prender las sábanas, las cortinas y la ropa.

Entendí que dejar que mis cosas se quemaran era parte de la veracidad del plan. Con toda mi pena y, a la vez, alivio viendo cómo todo comenzaba a arder, dejé también que toda mi vida anterior se consumiera.

Bajé las escaleras con mi móvil en la mano. Fui a la cocina. Chafik seguía ahí. Me dio cierta lástima por él, pero, automáticamente, pensé en mí y sentí mucha más lástima por mí. Saqué de la cajetilla otra cerilla y la froté con fuerza contra la lija. Me quedé mirando, anonadada, cómo la llamita, en su parte central, era azul. Azul como la ciudad, como las paredes del hotel y como los malditos ojos de Carlos.

Acerqué la llama a las cortinas de la ventanita. Encendí otra y me aseguré de que esas astillas prendieran, esta vez con fuego rojo vivo, e hicieran el resto del trabajo.

—Entonces, efectivamente, ¿fue todo premeditado? —preguntó la agente española en la aduana.

—Sí. Todo. Bueno, hubo cosas que no.

—¿Ni siquiera vas a dar una versión contraria?

La chica negó cruzándose de brazos.

—Pero esto cambia las cosas, Violeta.

—No, no cambia nada —respondió seca, tocándose la barriga.

La agente, sentada en la mesa, después de atender el inesperado relato, soltó:

—Has asesinado a tu pareja y casi matas a un pobre anciano.

Violeta abrió los ojos, se quedó pensativa por un instante y, afirmando con la cabeza, dejó salir un leve suspiro. La agente, suspicaz, continuó:

—¿Qué pasa, no te alegras?

—Supongo que sí. Cabía esa posibilidad. Veo que no le di tan fuerte…

La oficial la observaba intentando descifrar si Violeta era una psicópata. Ella, ajena, añadió:

—Cuando me detuvieron en la aduana comprendí que el pobre hombre estaba vivo.

—Ahora entiendo tu confesión.

Violeta le miró de soslayo. La oficial continuó:

—Pero, ¿y si hubiera estado muerto? ¿Cómo diablos pensabas pasar la aduana?

—Nadie sabía que estábamos alojados en ese hotel. Bueno, nuestros seguidores sí, pero nadie más —Violeta miró con curiosidad a la agente que seguía atendiendo—. La idea era dejar que la policía aquí diera por quemado todo y yo empezar de nuevo. Con otro nombre y con… con otra vida.

—No es tan fácil, ¿sabes? Habrían dado contigo en menos de cuarenta y ocho horas.

—Bueno, se me da bien improvisar. Como ya le he contado, el plan inicial se truncó —se quedó pensativa y, al poco, espetó—: Me hubiera ido a otro país… No lo sé.

—Entiendo…

Violeta la miró desafiante.

—No creo que entienda nada aún, señora agente.

La oficial, harta de la actitud díscola de la chica, dijo de manera retórica:

—He de dar parte inmediata…

Violeta le mostró, de manera discreta, cómo en la parte interior del cuello tenía moratones. La agente se calló de golpe y miró. Luego, se levantó un poco el vestido y le enseñó parte del muslo con un par de hematomas.

La oficial, contrariada, no supo qué decir.

Violeta había observado que, en la mesa, había una fotografía de la propia agente vestida de calle. Una preciosa niña al lado, un tipo atractivo que parecía ser su marido al otro lado y, en sus brazos, un bebé. Sin cambiar el semblante, le dijo:

—Usted tiene hijos, ¿no, agente? Son muy guapos…

—Gracias… —respondió casi imperceptiblemente.

—Si quería que mi bebé pudiera tener una vida sana, debía acabar con ese monstruo.

—¿Ese… monstruo? Su bebé…

—Sí, ese monstruo y sí, mi bebé —susurró tocándose la barriga de nuevo.

Violeta le contó que llevaban juntos, con idas y venidas, dos años. De hecho, la noche anterior había sido su segundo aniversario.

—Tenemos una cuenta para adultos en la que cada día subimos material… cómo diría… material sensible. ¿Comprende?

—Sí.

—Al principio era divertido. Los primeros cuatro meses fueron los mejores de mi vida —después de guardar silencio unos segundos mirando a la nada, soltó—: Realmente me enamoré de él…

Dos años antes…

Abrió la bandeja de mensajes y volvió a ver que ese chico le escribía otra vez. Dudó en abrirlo o no. Finalmente, optó por hacerlo.

Nada más leerlo, sonrió. El chico se lo estaba currando, de eso no había duda. Esta vez le pedía tan solo verse cinco minutos.

Violeta accedió y, prácticamente, no se separaron desde ese día.

Carlos fue atento todo el rato. Se mostró respetuoso y hasta chistoso. Se permitió el lujo de pagar el café, la merienda y la cena que prolongó ese encuentro.

De hecho, en ningún momento le dio la impresión a Violeta de que se sentía amenazado o impresionado por su popularidad en las redes, ni por su más de medio millón de seguidores teniendo él apenas trescientos. Ese tipo de trato, esa confianza tan masculina, fue lo que la atrajo.

No era especialmente guapo, ni especialmente carismático, pero tenía una energía masculina arrolladora y una mirada azul penetrante. Y era tan atento y tan cariñoso… Violeta ni se lo planteó. Se fueron a vivir juntos al poco tiempo.

Carlos dejó su trabajo como repartidor y se volcó en las redes de Violeta y en las suyas que, en ese momento, ya contaba con veinte mil seguidores.

Una noche, cuando pasaban los seis meses de convivencia, Carlos le propuso grabarse mientras tenían sexo. Ella, después de varios noes, aceptó.

Todo tenía una connotación lúdica y divertida hasta que, pensando en dar un paso más allá en su estatus, empezaron a compartir y vender contenido en una red social que solía usarse para adultos.

Parecía algo ingenuo —si la palabra se podía usar en ese tipo de «negocio»—, hasta que poco a poco, Carlos quiso empezar a dar pasos hacia adelante.

—¿Qué quieres decir con que un día fue a más, Violeta?

—Pues eso, como le decía, el sexo al principio estaba bien. A veces era, para mi gusto, algo fuerte, pero estaba bien. Sin darme cuenta, fue pasando de un simple cachete a una bofetada, un golpe con el puño en la espalda, obviamente insultándome, y cosas así. Cada vez que lo hacía me decía que eso era más caro y, ¿sabe qué?, tenía razón —se quedó callada y, al instante, concluyó—: Como siempre…

La agente la miraba sin saber muy bien qué decir hasta que Violeta, sabedora de ese escepticismo, le pidió que la dejara entrar a su cuenta para poder acceder al contenido.

A los segundos de empezar uno de los vídeos, la oficial empalideció.

—Pero, ¿cómo no denunciaste esto, criatura? —le dijo sin poder quitar el ojo del celular.

—Estoy en el vídeo, estoy dando mi consentimiento…

—Bueno, sigue siendo delito, eh…

Violeta calló. ¿Cómo explicarle a esa mujer que huir de algo o alguien a quien en el fondo quieres —o has querido— no es tan fácil?

Le contó que, para cuando llegó su primer aniversario, ya tenían una «industria» instaurada con su contenido. Violeta superaba el millón de seguidores y Carlos pasaba de los trescientos mil.

Para esa noche, la de su primer aniversario, uno de los mejores hoteles de Madrid, les regaló una noche de ensueño en la suite. Tenían la tarde, la noche —con cena incluida— y la mañana siguiente para disfrutar a cambio de contenido publicitándolo todo.

Violeta, emocionada por una noticia de la que se acababa de enterar, cenando en la misma suite mientras retransmitían en directo, soltó la bomba.

—Chicas y chicos… yo quiero deciros algo… Bueno, en realidad a ti, cariño.

—¿El qué, cariño? ¿Que el foi está buenísimo? —contestó Carlos exultante ante la cámara mientras miraban los comentarios de los seguidores que pedían ver cómo culminaba ese amor en la cama.

Violeta, excitada, pidió que dejara de mirar el móvil y la atendiera a ella. Carlos, contenido por estar en directo, lo hizo.

—¿El qué…? ¿Que me quieres mucho y que nuestra vida es perfecta?

—Sí, y que ahora lo será más.

Carlos, visiblemente irritado, intentó disimular. Ella, ajena por su emoción, soltó:

—Estoy embarazada.

Contándoselo a la agente, a Violeta se le quebró ligeramente la voz. Pidió poder beber algo de agua y la oficial, empática, le llevó un vaso del dispensador que tenía detrás suyo. Ella se lo bebió de golpe. Pidió un poco más, se lo volvió a beber y, finalmente, soltó un suspiro largo y continuó:

—Cuando cortamos el directo, me pegó tal paliza que, de una patada, perdí el bebé.

—¿Cómo?

—Me dijo que le había ridiculizado. Que como hombre se sentía humillado al tener que haberse enterado así. Yo le intenté explicar que lo había hecho para generar contenido y él enloqueció.

Violeta, algo incómoda en su silla, decidió explicarse más. No sabía por qué, pero esa agente, esa mujer, por algún motivo, estaba queriendo entenderla. Aunque le costaba recordar aquellos momentos, se esforzó y empezó a hablar.

—Pero, cariño, lo he hecho para que fuera perfecto.

—No eres más que una estúpida impulsiva y tonta del culo.

—Es mi regalo de aniversario, porque te quiero. Estoy deseando notar la barriguita y que veas cómo crece nuestro bebé.

Carlos, que ya le había soltado un par de bofetadas y había tirado una silla contra la pared, sin escucharla, dijo:

—Puede que sea una buena idea… Las embarazadas son más caras… Podemos subir el precio cada mes de tu embarazo. Podemos llegar a mil euros por un solo vídeo teniendo sexo y tú estando de nueve meses. Si ese vídeo lo quieren, pongamos, cien personas, ¡son cien mil pavos!

—¿Qué? No… No, Carlos, yo no quiero eso. Quiero que, ahora que estamos bien, dejemos todo esto y, no sé, pongamos un negocio de algo. Que demos un giro a nuestra vida.

Mientras Violeta le relataba la paliza que propició esas palabras, a la agente se le caían las lágrimas.

Le contó que al salir del hospital en donde la habían atendido tras perder el bebé, ella se fue y que, a los dos días, él fue a buscarla a la casa de una amiga con un amigo. Llevaba un ramo de flores enorme y, mientras el amigo lo grababa todo, él se abrió la camisa y mostró su pecho con el nombre de Violeta tatuado en él.

El vídeo se viralizó. Salió incluso en algunos digitales y en una televisión, aunque ninguna de estas fuentes mencionaba el horror que había pasado tan solo unas semanas antes.

Los seguidores presionaron a la chica para que le perdonara. Él estuvo dos semanas más enviándole mensajes por Instagram, algunos públicos y otros privados. Se grababa llorando, ponía textos tristes en sus estados hasta que Violeta, al enésimo «perdóname, haré lo que quieras», y sintiéndose una desgraciada, le perdonó.

—Pero a los pocos meses, todo volvió a ser igual o peor. Me propuso hacer un trío con un amigo suyo. Me ataron y… los dos... Fue horrible.

Violeta paró de nuevo el relato para no romper a llorar. La agente se acercó, se agachó y, con una mano en el brazo de la chica y cierta amabilidad, le dijo:

—Lo que has hecho es horrible. Chafik es inocente, ¿comprendes?

—Claro que lo comprendo… Pero, inocente, inocente es mi futuro hijo. Aquí, una vez hemos vivido, nadie se libra de culpa. Solo un bebé es puramente inocente.

—Las cosas no funcionan así.

Violeta se incorporó ligeramente. Miró hacia un lado y, con cierta displicencia, masculló:

—Le compensaré. Debe tener un seguro que cubra lo que se ha quemado, ¿no? Y a él… puedo ingresarle tranquilamente cinco mil euros. Creo que eso compensará.

—Estás hablando de comprar un silencio… ¿Te das cuenta? ¿No era más fácil pedir ayuda? Denunciarlo. Incluso por las redes si me apuras…

Negando con la cabeza, ella contestó:

—Me hubiera matado a mí y a mi hijo. No, tenía que hacerlo. Esta vez —dijo tocándose la barriga de nuevo—, no pensaba decírselo. Pero claro, él lo acabaría notando.

—Pero…

—Debía acabar con aquello —se recompuso y remató—: Yo me metí ahí solita y yo misma debía salir de ahí como fuera. Por mí y por mi futuro hijo.

En la actualidad...

Mastiqué el último bocado de pan con miel e higos y me quedé mirando el sol rojizo de Marruecos iluminar el pueblo azul que se vislumbraba a lo lejos, mientras pensaba en lo feliz que era, por fin.

Repasaba mi plan mentalmente: por la mañana nos levantaríamos. Desayunaríamos fuera, subiríamos a la suite, nos prepararíamos y nos pondríamos en camino al que sería el último día de vida de ese malnacido, de ese ser sin corazón y de ese monstruo.

Cuando barruntaba los pequeños detalles y aprovechaba para ponerme un poco más de té, me dijo:

—Quiero que este vídeo sea distinto, cariño.

A mí me entraron los mil males.

—¿Distinto? ¿No prefieres que esperemos un poco más? —pregunté a la desesperada.

—No, hay que grabarlo. Entre que grabamos y la edición ya nos plantamos por la tarde. Y ya sabes que nos bajan los seguidores si tardamos tanto —dijo mientras se descalzaba, estiraba las piernas y cruzaba los dedos colocando sus manos en su regazo—. La gente quiere inmediatez, ya lo sabes.

Carlos tenía pensado grabar uno esa mañana. La noche anterior, la de la cena, se lo había prometido a los seguidores y muchos ya lo estaban reclamando.

Obviamente yo había estado retrasando ese momento con excusas que habían sido válidas. Válidas hasta esa mañana, claro.

Tragando saliva y con toda la energía que pude, le respondí:

—Vale, como tú digas.

—Esta vez quiero que sea más ardiente. Más violento.

Empezaron a temblarme las piernas. Sabía qué quería decir él con «más violento». Pero yo no supe qué decir.

Chafik apareció de la nada con esa habitual sonrisa vacía. Nos preguntó si queríamos algo más. Carlos cogió el móvil y, dispuesto a grabar una historia con Chafik mientras le preguntaba no sé qué, se levantó y me dejó en la silla.

Calibré la situación. Detecté el cuchillo del pan. Lo cogí. Me lo puse detrás de la muñeca y, alegando querer ir a prepararme, me esfumé.

Ya en la habitación, cada uno colocó un trípode con su halo, según la perspectiva que quería que se viera iluminada. Luego, él, como siempre, lo editaría. Decía que el ochenta y cinco por ciento de nuestros seguidores eran hombres y que él sabía lo que querían ver y lo que no. Por eso, esos vídeos, siempre se grababan con su móvil.

Mantuve la esperanza todo el rato. ¿Y si no me golpea? ¿Y si, sin más, hacemos el amor por última vez? ¿Y si esta vez me dice cosas bonitas?

Reaccioné en la primera bofetada. Me quedé paralizada. Él, encima, con esa mirada azul desquiciante, me apretó con una mano el cuello mientras entraba dentro de mí. Yo solo podía pensar en mi hijo.

Con la mente en parte anestesiada, como pude, salí de debajo de él y puse los pies en el suelo. Me propinó tal patada en el muslo que hizo que me cayera.

—¿Qué coño haces? Ven aquí —dijo dándose la vuelta y colocándose boca arriba y señalando su cuerpo.

Lo entendí. Debía hacerlo. Entendí que Carlos nunca pararía. Decidida, viéndole tumbado boca arriba, fui hacia él. Me senté a horcajadas, aguanté otra bofetada y, dejándome caer encima de él, busqué debajo de la almohada, localicé el cuchillo y, mirándolo a los ojos, se lo clavé en el corazón repetidamente hasta que me cansé. Me estiré al lado, dejé caer el cuchillo y suspiré.

Giré un poco mi cuerpo, alcancé mi móvil en la mesita. Abrí la bandeja de entrada, busqué y, cuando encontré el perfil, mandé el mensaje: «Ya está hecho, mi amor». Añadí un

corazón violeta y dejé el teléfono de nuevo en la mesita. Me toqué la barriga y me quedé, sin poder evitarlo, profundamente dormida.